

EDITORIAL

Es preocupante la situación social actual de Colombia. Si en el semestre B de 2018, el año se cerró con una de las más largas protestas nacionales, este semestre B de 2019 está repitiendo con el descontento sentido por una nación que exige más a las personas que nos representan y orientan las riendas del país. Reformas laborales mal intencionadas, o al menos mal pensadas; un sistema educativo que requiere una revolución completa y que no solamente depende de la formación de sus docentes sino también de políticas, que de por sí están mal implementadas; el considerar que nuestra juventud, como asalariada, debe ganar menos; los casos de corrupción que existen son los ejemplos que nuestros representantes dan a la nación; la marcada inequidad, incoherencia, injusticia y desigualdad entre los mal llamados dirigentes de nuestro país y la gente normal de nuestro pueblo; la violencia mostrada en las protestas por alguien que definitivamente quiere ocultar verdades, y un largo etcétera, hacen que otra vez estemos a punto de cancelar semestres en diferentes universidades y se haya trastocado de nuevo el calendario académico de muchas de ellas, con la esperanza de una solución que se viene buscando desde tiempo atrás y que sólo un pueblo educado la puede hallar.

En este sentido, se ve la necesidad de educar, de ofrecer calidad educativa que no sólo responsabilice a los docentes de una nación sino que involucre a diversos actores comenzando por la familia, quien da la base moral y ética de sus hijos, para luego pasar a un sistema educativo que, con unas políticas de inclusión, una buena valoración de sus docentes y la destinación de recursos apropiados de toda índole, desde preescolar hasta los niveles más altos de educación superior, continúe el proceso de formación humana, recordando que un ser humano formado no es sólo

aquel que conoce de su profesión, investiga y produce ciencia, sino que es consciente que pertenece a un tejido social y que interactuando con él puede trascender, sin violar ni pasar por encima de nadie, además de sentirse parte de un ambiente que merece el respeto que ahora muy pocos lo tienen.

Como parte de esa apuesta por una educación de calidad, el Programa de Licenciatura en Informática de la Universidad de Nariño, además de haber crecido mucho a partir de su acreditación de alta calidad, está buscando re acreditarse, para lo cual entra de nuevo a un proceso de autoevaluación, donde los actores que se articulan con él, se ven inmersos en busca de esa mejora continua. A la fecha, los talleres con los estudiantes, las encuestas realizadas con ellos y con docentes y directivos del Programa, sumados a una revisión documental que nos muestre la situación actual, se han conformado en los pasos dados en tal proceso que esperamos terminarlo en el semestre A de 2020, con la entrega de un documento maestro y un nuevo plan de mejoramiento que nos guíe por el camino de la alta calidad.

Buscamos ahora a nuestros egresados, así como a las personas del sector productivo que confían en nuestra apuesta formativa, para que nos retroalimenten y permitan descubrir cómo podemos crecer, pues a pesar de la problemática social descrita al inicio de esta editorial, la Universidad, y en particular el Programa de Licenciatura en Informática, no puede quedarse de brazos cruzados para ver pasar lo que sucede, sino que debe convertirse en el actor principal de tan anhelado cambio social cuya apuesta central es la educación.

Muestra de la educación que queremos ofrecer es la recopilación de los artículos de este número, de nuevo creados por estudiantes, quienes, desde su saber particular, pretenden aportar a la transformación

social bajo mejores condiciones de equidad, justicia y conciencia social que dejan entrever el sentido de lo público que nuestros futuros profesionales puede ofrecer a la sociedad.

Bienvenidos lectores a un nuevo número de la revista RUNIN.

José Luis Romo Guerrón
Coordinador del Programa
Licenciatura en Informática